

Las buenas obras

Frédéric PROD'HOM

biblicom.org

Es importante considerar lo que la Palabra de Dios nos dice sobre las buenas obras, y cómo habla de hacer el bien. Al leerlo, lo primero que nos llama la atención es que dice poco sobre las buenas obras como actos ostensibles ante los hombres.

Leamos primero los capítulos 5 al 7 de Mateo. Allí encontramos las instrucciones del Señor a sus discípulos, instrucciones a las que se ha dado el nombre de «Sermón de la Montaña». El reino debía adoptar el carácter de reino de los cielos. Cristo, el Rey, al ser rechazado, iba a ser escondido en el cielo, y el establecimiento del reino en gloria pospuesto; los discípulos del reino debían, por lo tanto, seguir al Rey rechazado aquí abajo, en lugar de reinar con él. A partir de aquí, el Señor les dice cuál debe ser su carácter en este camino. Entre otras cosas, les dijo: «Vosotros sois la luz del mundo. Una ciudad asentada sobre una montaña no se puede esconder, ni se enciende una lámpara para ponerla debajo del almud. Más bien se pone en el candelero; y alumbra a todos los que están en la casa. Así resplandezca vuestra luz delante de los hombres; de modo que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos» (Mat. 5:14-16).

El Señor no dice: “Que *vuestras buenas obras* brillen así ante los hombres”, sino que «*vuestra luz*», porque la enseñanza del capítulo siguiente muestra que algunas buenas obras *que brillan* ante los hombres, *se desvanecen* ante Dios. Así dice el Señor: «Guardaos de cumplir vuestro deber ante los hombres, con el fin de ser vistos por ellos; de otra manera no tenéis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos. Pero tú, cuando des limosna, no hagas tocar la trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las plazas, para ser elogiados por los hombres. En verdad os digo: Ya tienen su recompensa» (Mat. 6:1-3).

Cuando, por ejemplo, los periódicos publican cuánto ha dado tal o cual persona caritativa para tal o cual obra filantrópica: Honor a ella, dicen los hombres. Esa es la recompensa. Todo lo que tienen que esperar, ya lo tienen. Dios no tiene por qué interferir.

El Señor añade para sus discípulos: «Pero cuando tú des limosna, *que no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha*; de modo que tu limosna sea en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto, te recompensará» (Mat. 6:4). Entendemos que la alabanza por parte de los hombres al quedar excluida, Dios tendrá *que ocuparse de ella*.

Los siguientes versículos contienen los mismos principios sobre la oración y el ayuno. En el mundo religioso, la oración y el ayuno pueden hacerse para ser *vistos por los hombres*. Por tanto, tenemos razón al decir que cuando las obras brillan ante los hombres, palidecen ante Dios, mientras que las buenas obras de los discípulos

del Señor, al ser fruto de la luz, los hombres, obligados a reconocer que los que las hacen están realmente relacionados con Dios, se ven obligados a dar gloria a Dios, y no a los hacedores de buenas obras. Como se dice: «Así resplandezca vuestra luz delante de los hombres; de modo que vean vuestras buenas obras y *glorifiquen* (no a vosotros, sino) *a vuestro Padre que está en los cielos*» (5:16).

Las exhortaciones del apóstol Pedro a los cristianos que habitaban entre las naciones ofrecen algo parecido. Les dijo: «Teniendo una buena conducta entre los gentiles; para que en lo que os calumnian, como a malhechores, observando vuestras buenas obras glorifiquen a Dios en el día de la visitación» (1 Pe. 2:12). Los hombres *observan* el andar de los hijos de Dios. Pueden imputarles malos motivos y malos actos. Pero cuando ellos mismos sean visitados, se verán obligados a testificar que los cristianos tenían razón al caminar de esta manera. Solo que la gloria se atribuye a Dios, no a los cristianos. «Observando *vuestras buenas obras* glorifiquen a Dios».

Entre las buenas obras que caracterizan a los discípulos del Señor, se cuenta sin duda el interés que atribuyen a las personas necesitadas, primero entre los cristianos, luego para los de fuera. En el capítulo 9 de los Hechos, versículos 36-43, Dorcas estaba llena de *buenas obras* y *limosnas*. Estas buenas obras consistían principalmente en la confección de ropa para las viudas. Esto estaba muy bien, y el apóstol Pedro resucitó a Dorcas para devolverla a las viudas que la lloraban.

El apóstol Pablo, escribiendo a Tito, dijo que los cristianos de Creta debían estar preparados para toda buena obra (Tito 3:1). Luego, en el versículo 8: «Para que los que han creído a Dios sean solícitos en practicar buenas obras. Estas cosas son buenas y provechosas para los hombres».

Pero, ¿de qué fuente provienen las buenas obras y el hacer el bien en los redimidos? En Efesios 2:10 leemos: «Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús *para buenas obras*, las cuales Dios había preparado antes para que anduviésemos en ellas». «Creados en Cristo Jesús», es un estado completamente nuevo. No es una mejora de nuestro estado anterior en Adán, sino algo absolutamente nuevo. Es una vida nueva, pues antes estaban muertos en sus delitos y pecados. Ahora bien, la nueva vida de Dios no puede expresarse de otro modo que con *las buenas obras*. Dios ha preparado estas obras, así como la vida de la que son expresión. El que es creado en Jesucristo no las prepara. Están dispersas a lo largo del camino cristiano, y él las encuentra, por así decirlo, una tras otra. La primera de estas buenas obras es creer a Dios. Los judíos le preguntaron al Señor: «¿Qué hemos de hacer, para realizar las obras de Dios?» Él les respondió: «Esta es la obra de Dios, que creáis en

aquel a quien él envió» (Juan 6:28-29). Luego viene la actividad del amor hacia Dios y hacia sus hijos. El apóstol alabó a los cristianos de Tesalónica por la obra de su fe, el trabajo de su amor y la paciencia de su esperanza. Se dijo de ellos cómo se habían convertido de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y para esperar a su Hijo del cielo (1 Tes. 1). Seguramente se trata de buenas obras. Las oraciones de los hijos de Dios también están entre ellas. Entre las buenas obras preparadas de antemano, hay que añadir un gran número que llamaríamos obras *de abstención*. El cristiano da testimonio absteniéndose de participar en cualquier cosa que no esté de acuerdo con la Palabra de Dios. Estas buenas obras no serán aprobadas por el mundo, ni por los cristianos que no caminan en la verdad, pero serán apreciadas por Dios; ellas han hecho que muchos cristianos fieles reciban la cárcel e incluso el patíbulo. Los paganos no admitían que no se adorasen sus ídolos; más tarde, la Iglesia romana no permitía que nadie se apartase de sus instituciones.

Hacer el bien, pues, es el fruto de la vida nueva y, según los caminos de Dios, conduce a la vida eterna. Esto lo encontramos en Romanos 2:1-10, donde se dice que el justo juicio de Dios dará a cada uno según sus obras: «vida eterna a los que perseverando en hacer el bien buscan gloria, honra e incorruptibilidad». «Gloria, honra y paz a todo el que hace lo bueno». Estos pasajes no explican adecuadamente de dónde provienen estas buenas obras, pero se designa a los mencionados como perseverantes en ellas y buscando la gloria, el honor y la incorruptibilidad arriba, no en la tierra. La incorruptibilidad es relativa al cuerpo. Se dice en 2 Timoteo 1:10, que «nuestro Salvador Cristo Jesús, quien abolió la muerte y sacó a luz la vida y la incorruptibilidad por el evangelio». Los redimidos tienen vida; como resultado, tendrán la incorruptibilidad. En 1 Corintios 15:53, el apóstol dice: «Porque es necesario que esto corruptible revista la incorrupción», un estado que la corrupción no puede atacar. Según este pasaje, las personas a las que se refiere Romanos 2:5-10 son las que poseen una vida nueva, una vida que se expresa en hacer el bien. Según los caminos de Dios, hacer el bien conduce necesariamente a la vida eterna. Romanos 6:22 nos lo dice aún: «Pero ahora, habiendo sido liberados del pecado, y hechos esclavos de Dios, tenéis vuestro fruto para santificación, y al final, vida eterna». La vida eterna es, por un lado, el don de la gracia de Dios, pero, por otro lado, el caminar en la práctica del bien conduce a ella.

La declaración del Señor en Juan 5:28-29, nos ofrece el mismo pensamiento: «No os maravilléis de esto; porque viene la hora en que todos los que están en los sepulcros oirán su voz (la voz del Hijo del Hombre), y saldrán; los que hicieron bien, para resurrección de vida, y los que hicieron mal, para resurrección de condenación».

Nuevamente, el pasaje no indica de dónde proviene la práctica del bien en aquellos que compartirán la resurrección de vida, pero la Palabra testifica en otros lugares que se trata de los redimidos (véase [Lucas 14:14](#); [Hec. 4:2](#); [1 Cor. 15:23, 52, 53](#); [1 Tes. 4:16](#); [Hebr. 11:35](#); [Apoc. 20:5](#)). Si en [Romanos 2 y 4](#), la práctica de la bondad conduce a la vida eterna, en [Juan 5:29](#), conduce a la resurrección de vida. Pero este bien es siempre producto y expresión de la nueva vida.

Así, la práctica del bien, en los redimidos, conduce a la vida eterna; la práctica del mal, en los incrédulos, al juicio eterno.

Sin duda, según el gobierno de Dios, todo hombre que hace el bien y evita el mal tiene provecho en la tierra; así lo enseña el libro de los Proverbios. Pero se trata del bien que Dios premiará en el cielo, es siempre una expresión de la vida nueva. Muchos de los redimidos no han tenido tiempo de hacer mucho bien, y sin embargo lo habrán hecho. Creer en el Salvador y confesar su nombre a la hora undécima son obras de gran valor ante Dios. El malhechor en la cruz no había tenido tiempo de hacer mucho bien, pero confesar la perfección de su Salvador, sin haberlo conocido antes, creer en Él, y encomendarse a Él para el día en que volviera en gloria, todo esto era de gran precio ante Dios.

Otra observación es que las obras buenas no siempre se indican en la Palabra como un contraste con las malas. Citemos dos ejemplos.

1) En [Juan 3:19-21](#), el Señor dice: «Y esta es la condenación, que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo aquel que hace el mal, odia la luz, y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas. Pero el que practica la verdad viene a la luz, para que sus obras sean puestas de manifiesto, porque han sido hechas en Dios». Habiendo dicho: «todo aquel que hace el mal, odia la luz», el Señor no añade como contraste: “El que hace cosas buenas viene a la luz”. Dice: «Pero el que *practica la verdad* viene a la luz, para que sus obras sean puestas de manifiesto, porque han sido hechas en Dios». Se trata, pues, de buenas obras que son *la práctica de la verdad*, la luz manifestándolas como tales. ¡Cuántas obras buenas, reputadas como tales por los hombres, no son la *práctica de la verdad*!

2) En [Gálatas 5:19-22](#) encontramos otro contraste. En los versículos 19-21, el apóstol enumera las obras malas de la vieja naturaleza, las obras de la carne. A lo largo del pasaje (v. 16-25), la carne se pone en contraste con el Espíritu. En el versículo 22, el apóstol no dice, en contraste con las obras de la carne: “Las obras del Espíritu”, sino: «El fruto del Espíritu». El *fruto* es un producto. Este fruto (pues, todas estas virtudes

corresponden a **un solo** fruto) se manifiesta por medio de las buenas obras, pues, después de nombrar como frutos del Espíritu: el amor, el gozo, la paz, el apóstol añade: la paciencia, la bondad, la fidelidad, la mansedumbre, la templanza; buenas obras, sin duda, pero producto del Espíritu, que no siempre se manifiesta por cosas muy aparentes para los hombres.

Esto nos lleva a notar cuántas veces la Palabra nos habla de *fruto*. El fruto es un producto, algo que llega a madurez y que Dios puede recoger. Los hombres hablan mucho de la necesidad de hacer buenas obras, la Palabra habla de *dar fruto*. Las buenas obras de los hombres no suelen ser un fruto que Dios pueda recoger.

La enseñanza del Señor a sus discípulos ([Juan 15](#)), es bastante notable en este sentido. El Señor dijo: «Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el viñador. Todo sarmiento que en mí no lleva fruto, lo quita». El que profesa estar unido a Cristo, que no tiene vida ni da fruto, será quitado. Pero añade: «Pero todo aquel que lleva fruto, lo poda para que lleve más fruto». En el versículo 5: «El que permanece en mí, y yo en él, este lleva mucho fruto». En el versículo 8: «En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto; y así seréis mis discípulos». Por último, en el versículo 16: «Vosotros no me elegisteis, sino que yo os elegí, y os he designado para que vayáis y llevéis mucho fruto, y permanezca vuestro fruto».

En [Romanos 6:22](#), ya citado, el apóstol dice: «Pero ahora, habiendo sido liberados del pecado, y hechos esclavos de Dios, tenéis vuestro fruto para santificación, y al final, vida eterna». Luego, en el capítulo 7:4: «De manera que vosotros también, hermanos míos, habéis muerto a la ley por medio del cuerpo de Cristo, para que seáis de otro, del que fue resucitado de entre los muertos, a fin de que *llevemos fruto* para Dios».

Hay otros pasajes similares, pero estos son suficientes para mostrar que las verdaderas buenas obras son un producto divino, un fruto que Dios puede recoger y que lo glorifica.

Para terminar, no olvidemos recordar una *buen obra* muy apreciada por el corazón del Señor. María de Betania quiso mostrar su afecto por su Señor en el momento oportuno, honrándolo. Tenía un perfume muy caro (costaba, aproximadamente un año de trabajo) y se lo echó a Él. El Señor muestra cuánto aprecia esta buena obra realizada para él (el embalsamamiento, y le da un magnífico significado: «Para el día de mi sepultura ella ha guardado esto» ([Juan 12:7](#)).

Notemos que solo el Señor apreció esta *buen obra*. Incluso los discípulos se indig-

naron por ello y reprendieron a María. Este dinero, según ellos, se perdió, y podría haberse aprovechado mejor distribuyéndolo entre los pobres. En [Juan 12](#), Judas es el portador de esta desaprobación ([Mat. 26:6-13](#); [Marcos 14:3-9](#); [Juan 12:1-8](#)).

Pero María lleva en su corazón la dulzura de ser aprobada por el Señor, y puede aprender que Jesús aprecia su buena obra, mucho más allá de su propia comprensión espiritual. El corazón del Señor está satisfecho, el corazón de María está satisfecho. Que imitemos a esta mujer.

Traducido de «*Le Messenger Évangélique*», año 1905, página 92